



nistráis, es decir, del pueblo debéis de acordaros antes que de vosotros mismos. El bienestar o la decadencia de todo un pueblo o ciudad dependen del Ayuntamiento, cuya principal misión es velar constantemente por los intereses pacíficos, morales y materiales que se le confiaron. Cada concejal puede tener la filiación política o religiosa que más le agrade, en elecciones y fuera del Concejo, pero dentro del Ayuntamiento no debe de haber políticos ni jefes políticos; dentro del Ayuntamiento no puede haber otra cosa que amor al pueblo que representan, personas de buen pensamiento y sin coacción de ningún género, resueltos a procurar el mejoramiento del interés comunal.

Para lograrlo, no se precisan choques ni luchas políticas.

¿Estáis conformes, mis queridos y honrados paisanos, con lo que digo?

Pues entonces, demostradlo con actos que así lo acrediten, para poder sentirnos orgullosos de nuestros ediles, y también nuestro pueblo pueda sentirse muy a gusto con sus representantes municipales.

Pero si, por el contrario, vuestros actos y vuestra gestión no corresponden a la confianza que el pueblo depositó en vosotros, no os extrañe que vuestras actitudes sean más criticadas que alabadas, y los juicios y apreciaciones sean más negativos que positivos.

Santiago Azpicueta Ruiz.

Violencia doméstica

En esta ocasión, me gustaría aprovechar esta ventana que me brindáis para manifestarme en contra de cualquier tipo de violencia, aunque hoy voy a hacer hincapié en la violencia doméstica. Una violencia callada, sumisa, vivida en soledad y entre las cuatro paredes del hogar que se convierte en un verdadero infierno. Una violencia que merma la personalidad, que veja tanto física como moralmente. Una violencia sin límites a manos de compañeros, maridos, en definitiva de las personas del entorno más próximo.

Es hora de concienciarnos. Nadie tenemos derecho a dominar a otras personas, pero también es importante que todos y cada uno de nosotros aprendamos a respetarnos y a hacernos respetar.

Regueros de Muerte

*Regueros de muerte, de sangre no derramada,
Hachazos de ira, palabras envenenadas,*

*Dolientes, agrios e hirientes besos de judas
Recorren rincones de casas amortajadas.
Bajo el cálido hogar, gélido, cruel infierno
De bruscos despertares, nerviosos sobresaltos.
Cínicos explotadores del miedo y el dolor,
Caníbales corazones que aniquilan sueños.
Verdugos que ajan y amordazan sufridas almas,
Ojos que acechan, acobardan en las tinieblas, Velo
infame que enmascara la tragedia,
La lucha diaria de morir día a día.
Regueros de muerte, de penas y sufrimientos,
Punzantes espinas, verdugos "enamorados"
De maltrechas almas y cuerpos desvencijados.
En silencio, un rayo de luz clama al cielo.*

Cristina Rubio.

PD: Quiero daros las gracias por lo bien que os portáis conmigo y agradecer el empeño, el cuidado y el cariño que depositáis para que la revista llegue a nuestras manos, y nos sea además de amena, útil y cercana. ¡Muchas gracias!

RECUERDOS

El mes de enero venía áspero, escarchas sucesivas se ceñían a la tierra adueñándose de las umbrías, a la espera de un viento ábrego que las arrebatase de su reducto.

Hacia un par de horas que el sol se había refugiado tras la cumbrera del ventorro, en una tarde de encierro placentero en la buhardilla, el vientre de la estufa a veces teñido de rojo, caldeaba la habitación, invitándome a no abandonar mi claustro. Era un domingo de estar por casa, una música apacible y un libro viajero, habían espoleado el reloj, haciendo de la tarde un suspiro.

Un cambio de música hizo que me levantara, dejé el libro sobre la mesa y me desperecé, la boca me pidió un poco de aire fresco, abrí la ventana y un aliento frío abofeteó mi rostro, hice un esfuerzo por mirar a los ojos de la noche pero sólo vi su faz amenazante y fría que me enviaba de nuevo a mi asiento.

La buhardilla caldeada y kitaro disperso en el aire, me condujeron a la atalaya del recuerdo.

Casi podía acariciar las imágenes y tanto ellas como las palabras manaban con una claridad que no había empañado el paso del tiempo.

Fue a mediados de septiembre y aunque este se había desperezado lloviendo, puesto en su medianil, nos alegraba con un sol que se resistía a declinar. El campo barruntaba a otoño e invitaba a un paseo en bicicleta, no se si la costumbre o la fuerza

